

## Ni pensiones, ni reforma laboral. ¡Es la reforma financiera, estúpido!

El lema que ha presidido este año las movilizaciones del Primero de Mayo, “Por el empleo con derechos y la garantía de nuestra pensiones”, es también un buen resumen de los contenidos de este número de “UNIÓN”. Ahora que los indicadores económicos apuntan una leve e incierta recuperación de algunos aspectos de la actividad económica internacional, nos envuelve con fuerza nuevamente esa “ola” de ortodoxia liberal que pretende situar como objetivo básico de la económica –y a corto plazo– la reducción de los déficits públicos a los que se han visto abocados los Estados como consecuencia de un sistema financiero irresponsable, y en muchos casos fraudulento y delictivo.

La Unión Europea, sus instituciones y líderes, no han sido capaces de articular una política de actuación conjunta frente a la crisis; no han estado a la altura de lo que la crisis griega demandaba del conjunto de países con los que comparte moneda; y parecen haber olvidado que, en el orden de prioridades, primero están los ciudadanos y después el equilibrio de las cuentas públicas. La reactivación económica y la creación de empleo debe ser el objetivo prioritario, y para eso es necesario flexibilizar los márgenes y plazos del Pacto de Estabilidad y Crecimiento.

Una reforma laboral que precarice las condiciones de los trabajadores no generará empleo. Una reforma del sistema de pensiones que retrase la edad de jubi-

lación no generará empleo. Han sido las propias organizaciones empresariales las que han reconocido que lo que necesitan para recuperar actividad es financiación. La prioridad, por tanto, debería ser acometer aquellas reformas que hagan de los mercados financieros instrumentos útiles para la sociedad, no un obstáculo.

Y la segunda prioridad debería ser taponar los agujeros por los que se pierden buena parte de los recursos públicos, es decir, atajar con decisión los elevados niveles de fraude fiscal que tiene nuestro país y la creciente economía sumergida, a la vez que reconsiderar el conjunto del sistema fiscal para asegurarnos de que aporta más quien más tiene.

Como afirma José María Zufiaur en el artículo que publicamos en este número, la cuestión de la protección social es una opción política fundamental, una opción sobre la que debe decidir cada sociedad. Pero también cabría preguntarse si no debe ser una opción de sociedad el tipo de sistema financiero del que quiere dotarse. ¿Por qué deberíamos seguir aceptando la actuación de un “supermundo” financiero que condiciona nuestras vidas y sobre cuyo funcionamiento y existencia los ciudadanos no pueden decidir? Si recurrimos a aquella famosa frase de la primera campaña electoral de Bill Clinton a la presidencia de EEUU (“Es la economía, estúpido”), tendríamos que decir “No es la reforma laboral, es la reforma financiera, estúpido”.